
LIBRO PRIMERO.

Trayendo yo muchas veces á la memoria los tiempos antiguos, siempre me han parecido muy felices, oh hermano Quinto, aquellos hombres que habiendo florecido en la mejor edad de la república, insignes por sus honores y por la gloria de sus hechos, lograron pasar la vida sin peligro en los negocios ó con dignidad en el retiro. Ha llegado el tiempo en que á todos parecería justo (y sin dificultad me lo concederian) que yo comenzase á descansar y aplicar el ánimo á nuestros estudios predilectos, cesando ya en mi vejez el inmenso trabajo de los negocios forenses y la asidua pretension de los honores. Pero esta esperanza y propósito mio se han visto fallidos por las calamidades públicas y por mi vária fortuna. Donde pensé hallar tranquilidad y sosiego, me asaltó un torbellino de cuidados y molestias. Ni por más que vivamente lo deseaba, pude dedicar el fruto de mis ocios á cultivar y refrescar entre nosotros aquellas artes á que desde la infancia me he dedicado.

Ya en mi primera edad asistí á aquella revolucion y tras-

torno del antiguo régimen; llegué al Consulado en medio de confusiones y peligros, y desde el Consulado hasta ahora he tenido que luchar con las mismas olas que yo aparté de la república y que luégo se alborotaron contra mí. Pero ni la asperceza de mi fortuna ni lo difícil de los tiempos serán parte á que yo abandone los estudios y no dedique á escribir todo el tiempo que me dejen libre el odio de mis enemigos, las causas de mis amigos ó el interes de la república.

A tí, hermano mio, nunca dejaré de complacerte ni de atender á tus ruegos y exhortaciones, porque nadie tiene tanta autoridad conmigo, ni á nadie profeso tan buena voluntad.

Es mi propósito traer á la memoria una antigua conversacion, de la cual conservo vaga reminiscencia, suficiente sin embargo para el fin que deseas y para que conozcas lo que han opinado sobre el arte de bien decir los varones más elocuentes y esclarecidos. Muchas veces me has dicho que, pues aquellos primeros trabajos que rudos y desaliñados se escaparon de mis manos en la niñez y en la juventud no son ya dignos de estos tiempos y de la experiencia que he conseguido en tantas y tan difíciles causas, debia yo publicar algo más acabado y perfecto sobre esta materia; y muchas veces en nuestras conversaciones sueles disentir de mí, por creer yo que la elocuencia exige el concurso de todas las demas artes que los hombres cultos poseen; y tú, por el contrario, separas la elocuencia de la doctrina y la haces consistir en un cierto ingenio y ejercicio.

Viendo yo tantos hombres dotados de sumo ingenio, me pareció digno de averiguarse por qué se habian distinguido tan poco en la elocuencia, cuando en todas las demas artes, no sólo en las medianas, sino en las más difíciles, verás tantos hombres insignes donde quiera que pares la vista y la atencion. ¿Quién, si estima la gloria de las

Ilustres acciones por su utilidad ó importancia, no antepondrá la de un general á la de un orador? ¿Y quién dudará que áun de sola nuestra ciudad han salido innumerables guerreros excelentes, al paso que podemos presentar muy pocos varones que hayan sobresalido en el decir? Pues hombres que rigiesen y gobernasen con buen consejo y sabiduría la república, muchos hubo en nuestra edad, muchos más en la de nuestros padres y en la de nuestros mayores, miéntras que en todo este tiempo apenas floreció un buen orador, y en cada época rara vez se presentó uno tolerable. Y si alguno cree que este arte de decir no ha de compararse con la gloria militar ó con la prudencia del buen senador, sino con los otros estudios literarios y especulativos, fije la atención en estas mismas artes y vea cuántos han florecido en ellas siempre, comparados con el escaso número de oradores.

Bien sabes que los hombres más doctos tienen por madre y procreadora de todas las ciencias á la que llaman los griegos filosofía, en la cual es difícil enumerar cuántos escritores se han ejercitado y con cuánta ciencia y variedad de estudios, no separadamente y en una cosa sola, sino investigando, discutiendo y buscando la razón de cuanto existe. ¿Quién no sabe que los llamados matemáticos tratan de cosas oscurísimas, recónditas, múltiples y sutiles? Y sin embargo, ha habido entre ellos hombres consumados, hasta el extremo de que bien puede decirse que nadie se dedica á esta ciencia con ardor sin conseguir lo que desea. ¿Quién se aplicó de véras á la música ó á aquel estudio de las letras que profesan los gramáticos, y no abarcó fácilmente con el pensamiento toda la extensión y materia de estas enseñanzas? Y áun me parece que con verdad puedo decir que, entre todos los cultivadores de las artes liberales, los menos numerosos fueron siempre los grandes poetas. Y áun en esta clase, donde rara vez sale uno excelente, si comparas los nuestros y los de Grecia,

encontrarás que son muchos ménos los oradores que los buenos poetas. Y esto es tanto más de admirar, cuanto que en los demas estudios hay que acudir á fuentes apartadas y recónditas; pero el arte de bien decir está á la vista, versa sobre asuntos comunes, sobre las leyes y costumbres humanas. Y así como en las demas artes es lo más excelente lo que se aleja más de la comprension de los ignorantes, en la oratoria, por el contrario, el mayor vicio está en alejarse del sentido comun y del modo usual de hablar.

Ni puede con verdad decirse que se dediquen más á las otras artes porque sea mayor el deleite, ó más rica la esperanza, ó más abundantes los premios. Pues omitiendo á Grecia, que quiso tener siempre el cetro de la oratoria, y á aquella Atenas inventora de todas las ciencias, en la cual nació y se perfeccionó el arte de bien decir, ni áun en nuestra ciudad fué tan estimado ninguno otro género de estudio en tiempo alguno. Porque así que hubimos logrado el imperio del mundo, y una larga paz nos dió reposo, no hubo adolescente codicioso de gloria que con todo empeño no se dedicase á la elocuencia. Al principio, ignorantes de todo método, sin ejercicio, ni precepto, ni arte alguno, debian su triunfo sólo á su buen ingenio y disposicion. Pero despues que oyeron á los oradores griegos, y leyeron sus obras, y aprendieron de sus doctores, entró á los nuestros increíble entusiasmo por la oratoria. Excitábalos la grandeza, variedad y muchedumbre de causas, para que á la doctrina que cada cual habia adquirido se uniese la experiencia frecuente, superior á todas las reglas de los maestros. Podia prometerse el orador grandes premios, áun mayores que los de ahora, ya en crédito, ya en riquezas, ya en dignidad. Vemos en muchas cosas que nuestros ingenios llevan ventaja á los de todas las demas naciones. Por todas estas causas, ¿cómo no admirarse del escaso número de oradores en todas ciudades y tiempos?

Sin duda que es la elocuencia algo más de lo que imaginan los hombres, y que requiere mucha variedad de ciencias y estudios. ¿Quién al ver tanta multitud de discípulos, tanta abundancia de maestros, tan buenos ingenios, tanta riqueza de causas, tan grandes premios propuestos á la elocuencia, dejará de conocer que el no sobresalir en ella consiste en su increíble grandeza y dificultad? Pues abraza la ciencia de muchas cosas, sin las cuales es vana é inútil la verbosidad, y el mismo discurso ha de brillar no sólo por la elección sino también por la construcción de las palabras; ha de conocer el orador las pasiones humanas, porque en excitar ó calmar el ánimo de los oyentes consiste toda la fuerza y valor de la oración. Añádase á esto cierta amenidad y gracia, erudición propia de un hombre culto, rapidez y oportunidad en el responder y en el atacar, unido todo á un estilo agudo y urbano.

Debe ser profundo el orador en el conocimiento de la antigüedad, y no profano en el de las leyes y el derecho, civil. ¿Y qué diré de la acción misma, que consiste en el movimiento del cuerpo, en el gesto, en el semblante, en las inflexiones de la voz? Cuán difícil sea ella por sí sola, bien lo declara el arte escénico y de los histriones, en el cual, no obstante que hagan todos singular estudio de voz y de semblante, vemos cuán pocos son y han sido siempre los que se pueden oír sin disgusto. ¿Qué diré de la memoria, tesoro de todas las cosas? Si ella no guardara las cosas y las palabras inventadas, perecerían todas las cualidades del orador, por brillantes que fueran. No nos admiremos, pues, de que sea difícil la elocuencia cuando tanto lo es cada una de sus muchas partes, y exhortemos más bien á nuestros hijos, y á los demás que estiman la gloria y habilidad, á que paren mientes en la grandeza del asunto y no se reduzcan á los preceptos, maestros y ejercicios de que todo el mundo se vale, sino á otros más eficaces para lograr lo que se desea. Nadie, en mi opinión,

podrá ser orador perfecto si no logra una instruccion universal en ciencias y artes: estos conocimientos exornan y enriquecen el discurso, que en otro caso se reduce á una vana y casi pueril locuacidad. No impondré yo á todos, y ménos á nuestros oradores, en medio de las muchas ocupaciones de esta ciudad y de esta vida, una carga tan pesada como la de que nada ignoren, aunque la profesion del orador parece exigir el que de cualquier asunto pueda hablar con ornato y elegancia. Pero como no dudo que esto parecerá á muchos inmenso y dificultosísimo, porque los mismos Griegos, tan poderosos en ingenio y doctrina y dados al ocio y al estudio, hicieron cierta division de las artes, no trabajando todos en todas y poniendo bajo la esfera del orador tan sólo aquella parte del bien decir que versa sobre controversias forenses y públicas deliberaciones, no comprenderé en estos libros sino lo que, despues de mucha investigacion y disputa y por universal consenso de los doctos, se ha atribuido á este género, y no seguiré un órden de preceptos como en aquella antigua y pueril doctrina, sino que referiré una disputa que en otro tiempo oí á varones nuestros elocuentísimos y en toda dignidad principales, no porque yo desprecie lo que nos dejaron escrito los Griegos, artifices y maestros de este arte, sino porque sus obras están al alcance de todo el mundo, y no podria yo darles mayor luz ni ornato con mi interpretacion. Asimismo me permitirás, hermano mio, que prefiera á la autoridad de los Griegos la de los que consiguieron entre nosotros mayor fama de elocuentes.

Quando con más vehemencia perseguia á los patricios el cónsul Filipo, y quando el tribunado de Druso, defensor de la autoridad del Senado, empezaba á menoscabarse y á debilitarse, recuerdo haber oido decir que en los dias de los juegos romanos se retiró Lucio Craso al Tusculano, y que allí fueron á verle su suegro, á quien decian Quinto Mucio, y Marco Antonio, su consejero en los negocios de

la república, unido á Craso por grande amistad. Con Craso habian ido dos jóvenes amigos de Druso, y en quienes fundaban los ancianos de su órden grandes esperanzas, Cayo Cota, que aspiraba entónces al tribunado de la plebe, y Publio Sulpicio, de quien se creia que habia de pretender al año siguiente la misma magistratura. Todo el primer dia hablaron largamente de la condicion de los tiempos y del estado de la república, por cuyo motivo se habian reunido. Cota referia muchos años despues esa conversacion, y las predicciones verdaderamente divinas que aquellos tres consulares hicieron, hasta el punto de no haber acaecido despues en la ciudad desastre alguno que ellos mucho ántes no hubiesen previsto. Acabada que fué esta conversacion, se acostaron á cenar, y fué tanta la cortesía y buen acogimiento de Craso, que se disipó como por encanto toda la tristeza de la conversacion anterior; siendo tantos los chistes y el buen humor, que si el dia habia sido de curia, el convite fué propiamente del Tusculano. Al dia siguiente, despues que los ancianos habian descansado, se fueron todos de paseo, y á las dos ó tres vueltas dijo Escévola: «¿Por qué no imitamos, oh Craso, á aquel Sócrates que figura en el *Pedro* de Platon? Convidame á ello este plátano, que con sus anchas y extendidas ramas hace este lugar no ménos umbroso y apacible que aquel á cuya sombra se sentó Sócrates. Y tengo para mí que la amenidad de aquel lugar no procedia tanto del agua que allí se describe, como del estilo de Platon. Si Sócrates, con tener tan firmes los piés, se echó sobre la hierba para pronunciar aquellos discursos que los filósofos creen de inspiracion divina, mucho más justo parece que á mis piés se les conceda esto.» Entónces dijo Craso: «Todavía quiero mayor comodidad.» Y pidió unos cojines y los hizo colocar á la sombra del plátano.

Entónces (como solia referir Cota) para descansar los ánimos de la pasada conversacion, empezó Craso á tratar

del arte de la elocuencia. Comenzó diciendo que más bien que aconsejar á Cota y á Sulpicio, debia elogiarlos por haber alcanzado ya tanta perfección, que no sólo excedian á los de su edad, sino que podian ser comparados con los antiguos. «Nada hay á mi juicio más excelente, dijo, que poder con la palabra gobernar las sociedades humanas, atraer los entendimientos, mover las voluntades, y traerlas ó llevarlas á donde se quiera. En todo pueblo libre, y principalmente en las ciudades pacíficas y tranquilas, ha florecido y dominado siempre este arte. ¿Qué cosa hay más admirable que el levantarse de la infinita multitud de los hombres uno, capaz de hacer él sólo ó con muy pocos lo que parece que apénas podrian realizar todos los hombres juntos? ¿Hay algo más dulce de conocer y oír que una oracion exornada y elegante, de graves sentencias y graciosas palabras? ¿Hay nada tan poderoso ni tan magnífico como el ver allanados con un discurso los movimientos populares, la rigidez de los jueces, la gravedad del Senado? ¿Qué cosa más régia, más liberal y generosa que ayudar á los humildes, levantar á los caidos, salvar de los peligros ó del destierro á los ciudadanos? Es como tener siempre una arma para atacar á los malvados ó para vengarse de ellos. Y dejando aparte el foro, el tribunal, *los rostros* y la curia, ¿qué cosa más agradable aún en el ocio, y más digna de la humanidad, que una conversacion graciosa y no ruda? Si en mucho nos aventajamos á las bestias, es porque tenemos el don de la palabra y podemos expresar todo lo que pensamos. ¿Cómo no admirar al que se aventaja á los demas hombres en aquello mismo en que el hombre excede á las bestias, y cómo no esforzarnos en conseguir tanta excelencia? Y viniendo á lo principal, ¿qué otra fuerza pudo congregiar en uno á los hombres dispersos, y traerlos de la vida salvaje y agreste á la culta y civilizada, y constituir las ciudades y darles leyes, derechos y costumbres? Y no deteniéndome en los

demas innumerables beneficios, diré brevemente que en la moderacion y sabiduría de un perfecto orador estriba, no sólo su propia dignidad, sino la de otros muchos particulares, y la salvacion de toda la república. Por tanto, jóvenes, proseguid como habeis comenzado, no abandoneis el estudio, y así lograreis para vosotros honor, utilidad para vuestros amigos, provecho para la república.»

Entónces Escévola con su habitual cortesía, dijo: «Estoy conforme con casi todo lo que dices, oh Craso, y en nada quiero disminuir el arte y la gloria de mi suegro Cayo Lelio ó de este yerno mio; pero dos cosas hay que no te puedo conceder: la una, que los oradores hayan fundado y establecido en un principio las ciudades y despues las hayan salvado muchas veces; la otra, que aparte del foro, de la tribuna, de los juicios y del Senado, ha de ser perfecto el orador en todo género de elocuencia y humanidades. ¿Quién ha de concederte que el género humano, disperso ántes por montes y selvas, vino á edificar muros y ciudades, movido no tanto por los consejos de la prudencia como por la energía oratoria? ¿Acaso las demas utilidades que de establecer y conservar los pueblos se han seguido, se deben sólo á los varones elocuentes y de buen decir y no á los fuertes y sabios? ¿Te parece que Rómulo se valió ántes de la elocuencia que de su buen consejo y sabiduría singular para reunir á los pastores y foragidos, para concertar las bodas con las Sabinas, ó para reprimir la audacia de los comarcanos? Y en Numa Pompilio, en Servio Tulio, en los demas reyes que tanto hicieron para afianzar la república, ¿hallas algun vestigio de elocuencia? Y despues de la expulsion de los reyes, la cual Lucio Bruto llevó á cabo más con el entendimiento que con la lengua, ¿no vemos imperar entre nosotros el buen consejo y no la vana locuacidad? Y si yo quisiera recordar ejemplos de nuestra ciudad y de otras, veríamos que los grandes oradores han traído más daño que provecho á la

causa pública. Y por no hablar de otros, sólo recordaré á los dos hombres más elocuentes que yo he oido fuera de vosotros dos, oh Craso: á Tiberio y á Cayo Sempronio, cuyo padre, hombre prudente y grave, pero que nada tenía de elocuente, sirvió muy bien á la república, sobre todo cuando fué censor, y no con elegantes discursos, sino con energía y pocas palabras hizo entrar á los libertinos (1) en las tribus urbanas. Y á fe que si no lo hubiera hecho, la república, que ya apénas existe, hubiera percido mucho tiempo hace. Pero sus hijos, tan doctos y elocuentes, con todas las cualidades de la naturaleza y del arte, habiendo recibido la ciudad en un estado muy floreciente, gracias á la prudencia de su padre y á las armas de sus abuelos, dieron al traste con la república, valiéndose de esa misma elocuencia que tú llamas la mejor gobernadora de los Estados.

»¿Y las leyes antiguas, y las costumbres de nuestros antepasados, y los auspicios que yo y tú, oh Craso, dirigimos con tanto provecho de la república, y la religion, y las ceremonias, y el derecho civil que está como vinculado en nuestra familia, sin ningun alarde de elocuencia, han sido inventadas, conocidas ni aún tratadas por los oradores? Bien me acuerdo de Servio Galba, hombre divino en el decir, y de Marco Emilio Porcina, á quien tú siendo joven venciste, el cual era ignorante del derecho y desconocedor de las costumbres de nuestros mayores; y hoy es el dia en que, fuera de tí, Craso, que más por afición propia que por necesidad de la oratoria has aprendido conmigo el derecho civil, todos los demas oradores le ignoran del todo: cosa á la verdad lamentable. Y lo que al fin dijiste, como hablando en nombre y en derecho propio, es á saber, que el orador puede ejercitarse copiosamente en todo género de causas; esto no lo toleraria yo si no

(1) Se llamaba libertinos á los hijos de los libertos.

estuviésemos aquí en tu reino, y daría la razón á los que te pusieran interdicto ó te llamasen á juicio por haber invadido tan temerariamente las ajenas posesiones. Hubieran promovido contra tí accion judicial, en primer lugar los Pitagóricos, y los sectarios de Demócrito y todos los demas físicos en sus várias escuelas: hombres elocuentes y graves en el decir, con los cuales no podrias contender aunque tu causa fuera justa. Te perseguirian además todas las escuelas filosóficas que tienen por fuente y cabeza á Sócrates, y te convencerian de que nada habias aprendido, nada investigado, y que nada sabias de los bienes ni de los males de la vida, nada de las pasiones del alma, nada de la razon y del método; y despues que todos te hubiesen atacado juntos, cada una de las escuelas te pondria pleito. La Academia te obligaria á negar lo mismo que ántes habias afirmado. Nuestros Estóicos te enredarian en los lazos de sus interrogaciones y disputas. Los Peripatéticos te probarian que esos mismos adornos que crees propios del discurso y del orador, debes tomarlos de ellos, y que Aristóteles y Teofrasto escribieron sobre los asuntos que dices, mejor y mucho más que todos los maestros de elocuencia. Omito á los matemáticos, gramáticos, músicos, con cuyas artes tiene muy poco parentesco la de bien decir. Por lo tanto, oh Craso, juzgo que no debes extender tanto los límites de tu arte: bastará el conseguir en los juicios que la causa que defiendes parezca la mejor y más probable; que en las arengas y deliberaciones valga mucho tu oracion para persuadir al pueblo; en suma, que á los prudentes les parezca que has hablado con elegancia, y á los ignorantes que has hablado con verdad. Si algo más que esto consigues, no será por las facultades comunes á todo orador, sino por las propias y especiales de Craso.»

Entónces dijo éste: «No ignoro, Escévola, que entre los Griegos se suele decir y disputar esto mismo. Cuando

después de mi cuestura en Macedonia, estuve en Atenas, oí á los hombres más ilustres de la Academia, entónces muy floreciente, como que la gobernaban Carneades, Clitomaco y Esquines. Tambien vivia entónces Metrodoro, que habia sido, como los otros, estudioso discípulo de aquel Carneades á quien tenian por el más acre y copioso en la disputa. Florecian Mnesarco, discípulo de Panécio y los peripatéticos Critolao y Diodoro. Todos á una voz decian que se habia de apartar al orador del gobierno de las ciudades, excluirle de toda doctrina y ciencia séria, y reducirle sólo á la parte judicial y al foro, como si fuera un esclavo, sujeto á una tahona. Pero yo no convenia con ellos ni con el inventor y príncipe de este género de disputas, el grave y elocuentísimo Platon, cuyo *Gorgias* lei entónces en Atenas bajo la direccion de Carneades, en cuyo libro admiraba yo mucho á Platon, que al burlarse de los oradores se habia mostrado él mismo orador exímio. La controversia de palabras ha atormentado siempre mucho á los Griegos, más amantes de la polémica que de la verdad.

»Y si alguno sostiene que es orador tan sólo el que habla en juicio, ó ante el pueblo ó en el Senado, necesario es que áun así, le conceda muchas y raras cualidades. Pues sin gran experiencia de las cosas públicas, sin ciencia de las leyes, de las costumbres y del derecho, y sin conocer la naturaleza y las costumbres humanas, apénas puede tratar con sabiduría y prudencia esos mismos asuntos. Y al que llega á poseer este conocimiento, sin el cual ninguna causa, ni áun de las menores, puede tratarse, ¿qué cosa de importancia le faltará saber? Y aunque el oficio del orador se redujese á hablar con ornato, compostura y abundancia, ¿crees que podria conseguirlo sin aquella ciencia que vosotros no le concedéis? Pues toda la fuerza del discurso se pierde cuando el que habla no sabe á fondo la materia de que va á tratar. Por lo cual, si

Demócrito el Físico tuvo buen estilo, según dicen y á mí me lo parece, su materia perteneció á la física; pero la elegancia de las palabras á la oratoria. Y si Platon habló divinamente de cosas remotísimas de toda controversia civil, lo cual yo concedo; si Aristóteles, Teofrasto y Carneades se mostraron elocuentes en la disputa, y suaves y adornados en el decir, pertenezcan en buen hora á otros estudios las materias de que escribieron, pero el estilo es propio de este único arte de que ahora vamos hablando. Así, vemos que de las mismas cosas disputaron otros seca y áridamente, como aquel Crisipo, cuya agudeza tanto encomian, y no por eso dejó de ser buen filósofo, aunque no tuvo el arte de bien decir propio de otra facultad que le era extraña.

»¿Dónde está, pues, la diferencia? ¿O cómo has de discernir la riqueza y abundancia de los que ántes nombré, y la aridez de estos otros que no tienen variedad ni elegancia en el decir? Lo único que tienen de característico los que hablan bien, es una elocucion elegante, adornada, artificiosa y culta. Pero todo este adorno, si el orador no penetra y domina su asunto, es cosa vana y digna de toda irrisión. ¿No es un género de locura el vano són de las palabras, por excelentes y escogidas que sean, cuando no las acompaña ningun pensamiento ni ciencia? Cualquiera materia que el orador trate, de cualquier arte ó género, si la aprende como si se tratara de la causa de un cliente, la dirá mejor y con más elegancia que el mismo inventor y artífice de ella. Y si alguno dijere que hay ciertas sentencias y causas propias de los oradores, y una ciencia circunscrita á los cancelos forenses, confesaré que estos son los asuntos en que con más frecuencia se ejercita nuestro arte, pero que hay entre estas cosas muchas que los maestros de retórica ni saben ni enseñan. ¿Quién no conoce el poder de la oratoria para mover los ánimos á ira, á odio ó á dolor, ó para trocar estos afectos en compasion y miseri-

cordia? Por eso, quien no haya estudiado la naturaleza humana y la vehemencia de las pasiones y las causas que las irritan ó sosiegan, no podrá conseguir en modo alguno el efecto que con su oracion se propone. Dices que todo esto es propio de los filósofos. De buen grado lo concederá el orador, pero siempre que dejándoles á ellos el conocimiento de las cosas, en el cual únicamente quisieron ejercitarse, le dejes á él el cuidado del estilo, que sin estos conocimientos vale poco, porque ya dije que el oficio propio del orador es hacer un discurso grave, elegante y acomodado á la inteligencia y sentido de los hombres.

»Confieso que Aristóteles y Teofrasto escribieron sobre esto; pero quizás, Escévola, venga todo ello en apoyo de mi sentir. Sólo tomo prestado de ellos, lo que tienen de comun con los oradores, al paso que ellos conceden que cuanto escriben sobre el arte de bien decir pertenece á la oratoria, y así, á todos sus libros que tratan de ese arte los llaman libros retóricos.

»De manera que cuando en el discurso intervienen aquellos argumentos tan usuales: de los Dioses inmortales, de la piedad, de la concordia, de la amistad, del derecho civil, del natural y de gentes, de la equidad, de la templanza, de la magnanimidad, y de todo género de virtudes, clamarán, por cierto, todos los gimnasios y todas las escuelas de los filósofos, que esta es materia propia suya, y que nada tiene que ver en eso el orador. Y aunque yo les conceda que siempre, aun en sus ratos de ocio, agitan ellos estas cuestiones, tambien concederé al orador el poder explicar con majestad y gracia los mismos puntos que ellos discuten con estilo árido y frio. Esto decia yo á los filósofos en Atenas. A ello me obligaba nuestro Marco Marcelo, que es ahora Edil curul, y que de seguro asistiria á nuestra conversacion si no tuviera que celebrar estos dias los juegos. Entónces era muy jóven y ya se aficionaba á estos estudios.

»Pero en cuanto á la institucion de las leyes, á la guerra y la paz, á los aliados y tributarios, al derecho civil, distribuido por órdenes y edades, digan los Griegos, si quieren, que Licurgo y Solon (á quienes pongo, sin embargo, en el número de los hombres elocuentes) supieron más que Hipérides y Demóstenes, varones ya perfectos y consumados en el decir; ó bien que nuestros decenviros, los que escribieron las doce tablas, y que sin duda fueron muy prudentes, se adelantaron en este género á Servio Galba y á tu suegro Cayo Lelio, de quienes consta que sobresalieron en la oratoria. Nunca negaré que hay ciertas artes propias y peculiares de los que ponen todo su estudio en conocerlas y tratarlas; pero sólo llamaré orador pleno y perfecto á quien pueda discurrir de todo, con variedad y hermosura.

»Muchas veces en las causas que todos tienen por peculiares del orador, ocurre algo que no puede resolverse por la práctica forense, único saber que nos concedeis, sino que ha de tomarse de alguna otra ciencia más oscura. Y ahora os pregunto: ¿Se puede acusar ó defender á un general sin tener conocimientos de arte militar y de las regiones terrestres y marítimas? ¿Se podrá tratar ante el pueblo de la abolicion ó promulgacion de las leyes, ó en el Senado, de todo el gobierno de la república, sin gran conocimiento y experiencia de los negocios civiles? ¿Podrá el discurso inflamar ó sosegar los ánimos (verdadero triunfo del orador), sin una diligentísima investigacion de todo lo que los filósofos especularon sobre la humana naturaleza y costumbres? No sé si podré convencerlos de lo que voy á decir; pero no dudaré en decirlo como lo siento. La física y las matemáticas, y todos los demas objetos que ántes señalaste, son ciencias para el que las profesa, pero si quiere poseerlas con elegancia, tiene que acudir á la facultad oratoria; y aunque conste que Filon, el arquitecto que hizo el arsenal de Atenas, dió en térmi-

nos muy elegantes cuenta al pueblo de su obra, no hemos de creer que lo hizo por arte de arquitecto y no de orador. Y si nuestro Marco Antonio tuviera que defender á Hermodoro, ¿no hablaría, con artificio y gala, de la construcción naval? Y nuestro médico y amigo Aselepiades hablaba mejor que los demás médicos, no por su saber en medicina, sino por su elocuencia. Por eso es muy probable, aunque no del todo verdadero, lo que solía decir Sócrates: que todos son elocuentes en lo que saben bien. Y aún es más verdadero que nadie puede hablar bien de lo que no sabe, y que aunque lo sepa, si ignora el arte de construir y embellecer el discurso, no podrá explicar lo mismo que tiene bien conocido.

»Por tanto, si alguno quiere definir y abrazar la facultad propia del orador, aquel será, en mi opinión, digno de tan grave nombre que sepa desarrollar cualquier asunto que se presente, con prudencia, orden, elegancia, memoria y cierta dignidad de acción. Y si á alguno le parece excesivo el decir yo: *sobre cualquier materia*, bien puede cortar y disminuir lo que bien le pareciere; pero siempre sostendré que, aunque el orador ignore lo que es propio de otras artes y ciencias, y se haya ejercitado sólo en las disputas forenses, cuando ocurra hablar de cosas para él desconocidas, debe acudir á los que poseen su conocimiento, y podrá hablar de ellas mucho mejor que los mismos que las profesan. Por ejemplo, si Sulpicio tuviese que hablar de arte militar acudiría á Cayo Mario nuestro pariente, y así que se hubiese enterado hablaría de tal manera, que el mismo Mario casi le tendría por superior á él. Si tratara del derecho civil, consultaría contigo, oh Escévola, y á tí, hombre prudentísimo y peritísimo, te vencería por su elocuencia con la misma doctrina que sin tí no hubiera aprendido. Y si ocurre tratar algo de la naturaleza, de los vicios y pasiones de los hombres, del dolor, de la muerte (aunque esto también debe saberlo el orador),

quizá le parecerá conveniente consultar con Sexto Pompeyo, hombre erudito en filosofía; pero de seguro que expondrá con más elegancia que él lo mismo que de él haya aprendido. Pero si oyes mis consejos, como la filosofía abraza tres partes: primera, los secretos naturales; segunda, el arte lógica; tercera, la vida y costumbres, dejemos las dos primeras en obsequio á nuestra pereza, pero reten-gamos la tercera, que fué siempre del dominio del orador, pues sin ella nada le quedará en que pueda mostrarse grande. Este estudio debe hacerle con mucho abinco el orador; los demas, aunque no los domine, podrá tocarlos cuando convenga, pidiendo y recibiendo de otros las noticias. Pues si consta entre los doctos que Arato, hombre ignorante de la astrología, escribió del cielo y de las estrellas en elegantísimos versos; si Nicandro de Colofon, con vivir muy apartado del campo, escribió de las cosas rústicas, guiado más por el genio de la poesía que por el de la agricultura, ¿por qué el orador no ha de ser elocuente en las materias que ha aprendido para cierta ocasion y tiempo? Porque el poeta se parece mucho al orador, aunque es más ceñido en los números, más libre en las palabras, pero muy semejante y casi igual en el género de ornatos, así como en no tener materia definida ni circunscrita, fuera de la cual no le sea lícito extenderse con facilidad y abundancia. ¿Y por qué, oh Escévola, dijiste que, á no estar en mi reino, nunca hubieras tolerado el dicho de que el orador debe ser perfecto en todo género de elocuencia y leyes humanas? Nunca lo hubiera dicho, á fe mia, si en el orador que describo hubiera querido pintarme á mí mismo. Pero como solía decir Cayo Lucilio (hombre que andaba algo enojado contigo, y que por lo mismo me trataba con ménos familiaridad que él quisiera, pero de quien nadie negará que era docto y muy gracioso), creo que nadie merece el título de orador si no está instruido en todas las artes propias de un hombre libre, pues aunque no las usemos en el dis-

curso, siempre se conoce y resulta claro si somos en ellas ignorantes ó no. Así como los que juegan á la pelota no usan en el juego el artificio propio de la palestra, pero con el movimiento indican si han aprendido la palestra ó no, y así como en las obras del escultor puede adivinarse si sabe dibujar ó no, así en los discursos judiciales ó en los que se pronuncian ante el pueblo y el Senado, aunque no se mezclen los conocimientos propios de las demas artes, fácilmente se conoce si el declamador se ha ejercitado sólo en aquella obra ó si llega al foro adornado con todas las artes liberales.»

Entónces dijo Escévola riéndose. «No lucharé más contigo, Craso. pues despues de todo lo que contra mi has dicho, concediéndome por una parte no ser propias del orador algunas cosas, has torcido, no sé cómo, el argumento y se las has concedido todas como si fuesen de su jurisdiccion. Cuando yo estaba de Pretor en Rodas y conferia con el gran maestro de retórica Apolonio lo que yo habia aprendido de Panecio, burlóse mucho de la filosofía aquel retórico, como acostumbraba no con tanta gravedad como chiste. Tu discurso no fué para burlarse de ningun arte ó ciencia, sino para darlas todas por compañeras y ministras de la oratoria. Y si realmente hay alguno que las haya abrazado todas y añadido á ellas la gala del estilo, no puedo ménos de tenerle por hombre eximio y admirable. Pero si existe, ó ha existido alguna vez, ó puede existir, no será otro que tú, pues en mi juicio, y creo que en el de todos los demas, apénas has dejado gloria ninguna á los demas oradores (dicho sea con paz de ellos). Pero si á tí nada te falta saber de cuanto se aprende en los negocios forenses y civiles, y sin embargo no has conseguido todavía la ciencia que atribuyes al orador, tengo para mí que la extiendes mucho más de lo que la verdad y la justicia piden.»

Entónces le replicó Craso: «Acuérdate que no hablo de mí, sino de la facultad oratoria. ¿Pues qué sabemos ni qué

¿Hemos podido aprender los que hemos llegado á la accion ántes que al conocimiento; los que en el foro, en la ambicion, en la república, en los negocios de los amigos, nos hemos visto abrumados ántes que pudiéramos sospechar nada de la importancia de tales cosas? Y si crees que hay tales cualidades en mí (que si no carezco, segun tú piensas, de ingenio, he carecido siempre de saber, de tiempo y áun de aficion al estudio), ¿á qué altura no se hubiera elevado el que juntara á un ingenio mayor toda esa ciencia que yo apenas he saludado? ¡Cuán grande orador no hubiera sido!»

Entónces dijo Antonio: «Bien pruebas, oh Craso, tu opinion, y no dudo que será más abundante en el decir quien abraza el círculo completo de las artes y ciencias. Pero en primer lugar, esto es muy difícil, sobre todo en nuestra vida, cercada de tantas ocupaciones; y además, es de temer que nos distraigamos y apartemos del ejercicio y modo de decir popular y forense. Otro estilo me parece el de aquellos filósofos de que ántes hablabas, aunque hayan tratado de la naturaleza y de las cosas humanas con cierta majestad y elegancia. Es un género de decir claro y brillante, pero más acomodado á la unguada palestra que al tumulto civil y al foro. Yo mismo, que aprendí muy tarde y ligeramente las letras griegas, cuando, yendo de Proconsul á Cilicia, me detuve muchos dias en Atenas por las dificultades de la navegacion, todos los dias tenía conmigo hombres doctísimos, casi los mismos que nombraste ántes; y como hubiesen sabido, no sé cómo, que yo, lo mismo que tú, solia ejercitarme en causas de importancia disputaban, cada uno á su manera, del arte y profesion del orador. Unos, como el mismo Mnesarco, decian que los que llamamos oradores no son más que unos operarios de lengua veloz y ejercitada; que nadie es orador sino el sibio; que la misma elocuencia ó arte de bien decir es una virtud, y que el que tiene una virtud las tiene todas, puesto que son iguales entre sí: por donde el que es elo-

cuenta viene á tener todas las virtudes y á ser sabio. Este era su espinoso y árido razonamiento, tan apartado de nuestro gusto. Carneades, hablaba con más abundancia, del mismo asunto, no para descubrir su parecer; pues es costumbre de los académicos contradecir siempre á todos y gozar en la disputa; pero daba á entender que los llamados retóricos, y los que daban preceptos de elocuencia, nada absolutamente sabian, y que no podia nadie adquirir el arte de bien decir sin conocer las opiniones de los filósofos. Disputaban en contra algunos oradores atenienses, ejercitados en la república y en los negocios, entre ellos Menedemo, que fué, hace muy poco, mi huésped en Roma, el cual decia que hay una ciencia del gobierno y ordenacion de la república. Y como era hombre de genio sacudido, llevaba mal la contradiccion de otro hombre de tan abundante doctrina y de increíble variedad y copia de noticias. Decia Cármadas que todas las partes de esa ciencia habian de tomarse de la filosofia, y que todo lo que en la república se establece acerca de los Dioses inmortales, de la educacion de la juventud, de la justicia, de la paciencia, de la templanza, de la moderacion en todo y de las demas instituciones sin las que las ciudades no pueden existir ó ser bien gobernadas, jamás se hallará en los libros de los retóricos. Si estos doctores hubiesen comprendido en su arte tantas y tan elevadas cosas, ¿cómo es posible que llenaran sus libros de reglas sobre proemios, epilogos y otras necedades (así las llamaba), y que no escribieran ni una letra de la fundacion de las ciudades, de la promulgacion de las leyes, de la equidad, de la justicia, de la fe, del modo de refrenar las pasiones y arreglar las buenas costumbres? Tambien solía burlarse de los preceptos, diciendo que los retóricos no sólo eran ignorantes de esa ciencia que se atribuian, sino del mismo arte y método de bien decir. Porque él creia que lo más importante en el orador era parecer á los oyentes tal como

él mismo deseara, y que esto sólo se conseguía con la dignidad de la vida (de la cual nada dijeron estos retóricos en sus preceptos), y afectar de tal manera los ánimos de los oyentes como quisiera afectarlos el orador, lo cual también es imposible si ignora éste de qué modo y por qué razones se determina á obrar la voluntad humana; todos los cuales son conocimientos de recóndita filosofía que estos retóricos no han gustado siquiera. Menedemo intentaba refutarle más con ejemplos que con razones, trayendo á la memoria muchos y brillantes trozos de las oraciones de Demóstenes, para probar que conoció todos los recursos con que se conmueven los ánimos de los jueces y del pueblo, lo cual suponía Cármedas que no podía lograrse sin la filosofía. A esto replicó que él no negaba el sumo ingenio y elocuencia de Demóstenes, ya la hubiera alcanzado por su propia disposición, ya por las lecciones de Platon, de quien consta que fué discípulo; pero que no se trataba ahora de averiguar lo que aquel grande orador había conseguido, sino lo que enseñaban los maestros de retórica. Muchas veces, arrebatado por el calor de la disputa, llegaba á sostener que no existe el arte retórica, y probaba, con argumentos, que la naturaleza sola nos había enseñado á halagar y á insinuarnos suavemente cuando deseábamos pedir algo, á amenazar á los adversarios, á exponer los hechos, á confirmar nuestro parecer y refutar los argumentos contrarios, y, por último, á rogar y á lamentarnos; que á esto se reducía toda la facultad oratoria, y que la costumbre y el ejercicio bastaban á aguzar el ingenio y hacer la palabra fácil: todo esto lo confirmaba con muchos ejemplos. Decía, en primer lugar, que entre todos los preceptistas y maestros, desde un cierto Córax y Tisias, que pasan por inventores y príncipes de este arte, no ha habido ninguno ni aun medianamente facundo, y por el contrario, nombraba á innumerables oradores elocuentísimos que jamás aprendieron estos

preceptos ni se cuidaron de ellos, en cuyo número (no sé si burlando, ó porque así lo pensara, ó así lo hubiera oído) me contaba á mí, que nunca habia aprendido el arte, y que sin embargo tenia algun poder oratorio, segun él afirmaba. Yo le concedia fácilmente que nada habia yo aprendido; pero en lo demas creia que se burlaba de mí, ó más bien, que en su juicio se engañaba. Seguia diciendo que no hay ningun arte que no tenga su materia conocida y bien determinada y constante y encaminada á un fin, pero que todo lo que el orador trataba era dudoso é incierto, como que decia las cosas quien no las sabía plenamente, ni trataba de enseñar á los oyentes, sino de persuadirlos, por poco tiempo, de una opinion falsa ó á lo ménos oscura. ¿Qué más? llegó á persuadirme de que no existia el arte de bien decir, y que nadie puede ser orador si no conoce todo lo que enseñan los filósofos más doctos. En estos coloquios solia decir Cármas, grande admirador de tu ingenio, oh Craso, que me encontraba oyente muy fácil y á tí pertinacísimo disputador.

»Entónces yo, persuadido de esa misma opinion, escribí en cierto librito (que, sin yo saberlo, ni quererlo, llegó á manos de todos), que habia yo conocido muchos hombres disertos, pero ninguno elocuente. Llamaba yo disertó al que podia hablar, segun el parecer comun, con cierta agudeza y claridad, en presencia de hombres no vulgares; y reservaba el nombre de elocuente para el que pudiese con esplendidez y magnificencia amplificar y exornar cuanto quisiera, y tener en su ánimo y en su memoria las fuentes de todas las cualidades que pertenecen al bien decir.

»Si esto es difícil para nosotros, que ántes de empezar los estudios nos sentimos abrumados con las fatigas de la ambicion y del foro, está fundado, sin embargo, en la realidad y en la naturaleza de las cosas. Y yo en cuanto puedo conjeturar, viendo tan buenos ingenios entre los nuestros, no desespero de que alguno con mayor estudio que el que

«Nosotros tenemos ó tuvimos, y con más sosiego y oportunidad de aprender, y con trabajo é industria superior, si se dedica á oír, á leer ó á escribir, llegue á ser tan grande orador como yo le imagino, y pueda con razon llamársele no sólo disertó sino elocuente; aunque á mi entender, ó este orador es Craso, ó si más adelante florece otro que con igual ingenio haya oído, leído y escrito más, poco podrá añadir á su mérito.»

Entónces dijo Sulpicio: «Sin esperar lo yo ni Cota, aunque mucho lo deseábamos, hemos venido á parar en esta disputa. Al venir aquí, nos parecia bastante suerte poder recoger algo digno de memoria de vuestra conversacion sobre otras materias; pero apénas acertábamos á desear que penetrárais en lo más íntimo de este estudio, artificio ó facultad. Yo, que desde mi primera edad os tuve grande aficion á entrambos, y especial amor á Craso, de quien nunca me separaba, jamás le pude oír una palabra sobre el método y arte de bien decir, aunque lo intenté por mí mismo y por medio de Druso en muchas ocasiones. Tú, Antonio, por el contrario (la verdad digo), nunca dejaste de responder á mis preguntas, y muchas veces me diste cuenta de las observaciones que habias hecho en la práctica oratoria. Ahora que uno y otro habeis abierto el camino para la instruccion que buscamos, y ya que Craso ha sido el primero en traer esta conversacion, permitidnos que detenidamente os preguntemos lo que pensais sobre todo género de elocuencia. Si nos lo concedeis, quedaré muy agradecido, oh Craso, á tu palestra y á esta gran Tusculana, y antepondré con mucho á la Academia y al Liceo este gimnasio sub-urbano.»

Craso le replicó: «Mejor fuera, Sulpicio, que rogáramos á Antonio, porque puede hacer mejor que yo lo que deseas, y porque ya tiene costumbre de hacerlo, segun me dices. Yo, lo confieso, siempre he sido extraño á este género de razonamientos, y muchas veces rogándomele

tú, me he negado á responderte, como ántes con verdad decias. Y no lo hice por soberbia ni por altivez, ni porque no quisiera corresponder á tu deseo tan recto y justo, especialmente cuando veia en tí tan gran disposicion y aptitud, mayor que la de ningun otro, para la elocuencia; sino, á fe mia, por lo poco que yo me habia ejercitado en la disputa y por la ignorancia de las reglas del arte.»

Entónces dijo Cota: «Ya que hemos conseguido lo que parecia más difícil, Craso, que era hacerte hablar de estas cosas, culpa nuestra sería si te dejáramos sin que nos explicases todo lo que queremos preguntarte.—Será de lo que yo pueda y sepa, dijo Craso. — Y ellos contestaron: ¿Y de lo que tú no sepas ni puedas, quién de nosotros será tan atrevido que crea saberlo ni poderlo?—Pues con esta condicion, dijo Craso, de que me sea lícito negar que puedo lo que realmente no puedo, y confesar que ignoro lo que en verdad no sé, podeis preguntarme á vuestro antojo.—Ante todo, te preguntamos qué piensas de lo que hace poco dijo Antonio. ¿Piensas que hay un arte de bien decir?—¿Cómo! dijo Craso: ¿me teneis por algun griego ocioso y locuaz, aunque quizá docto y erudito, para ponerme á vuestro capricho una cuestion tan inútil? ¿Creeis que me he cuidado alguna vez de esas cosas, y que no me he burlado siempre de la imprudencia de esos hombres que, sentados en su cátedra, en medio de gran concurso, ofrecen contestar á todo lo que se les pregunte? Dicen que el primero en hacer esto fué Gorgias Leontino, el cual quedaba muy satisfecho despues de anunciar que estaba preparado á discurrir de cualquier materia que le propusieran los oyentes. Despues le imitaron muchos y hoy le imitan, de suerte que no hay materia, por alta, imprevista ó nueva que sea, de la cual no ofrezcan decir cuanto puede decirse. Y si yo hubiera podido pensar que tú, Cota, ó tú, Sulpicio, queriais este género de disertaciones, hubiera traído algun Griego que con ellas os entretuviera; lo cual no es

difícil, pues en casa de Marco Pison, jóven de grande ingenio, muy dado á estos estudios y amigo nuestro, vive el peripatético Estáseas, bastante conocido de todos nosotros, el cual, segun dicen los que de esto entienden, en aquel género suyo es el más aventajado de todos.—¿A qué me hablas, dijo Mucio, de Estáseas el peripatético? Lo que debes hacer es dar gusto á estos jóvenes, que no han venido á oír la cotidiana é inútil locuacidad de un sofista griego, ni la cantilena de los retóricos, sino á un hombre el más sabio y elocuente de todos; al que no en los libros, sino en las mayores causas, y en esta ciudad, morada del imperio y de la gloria, se ha distinguido por el consejo y la elocuencia; y quieren seguir sus huellas y aprender su doctrina. Yo, que siempre te juzgué un Dios de la palabra, nunca tributé más elogios á tu elocuencia que á tu cortesía, de la cual debes usar ahora, y no esquivar esta disputa, en la cual desean entrar dos jóvenes de excelente ingenio.—Yo, dijo Craso, procuraré complacerles, y brevemente, segun mi costumbre, diré de cada cosa lo que siento. Y en primer lugar (pues no creo, Escévola, que debo prescindir de tu autoridad), respondo que á mi ver no hay arte oratoria, ó que tiene poca importancia, ó que toda cuestion entre hombres doctos se reduce á una controversia de palabras. Pues si el arte se define segun principios claros, bien conocidos, independientes de toda opinion y sujetos á ciencia, no me parece que existe el arte oratoria, porque los recursos de la oratoria forense son muy vários y acomodados al sentir y á la opinion del vulgo. Pero si llamamos arte el conjunto de observaciones hechas en la práctica por hombres discretos y entendidos, y escritas luégo y divididas y clasificadas (lo cual creo posible), no sé por qué no ha de llamarse arte á la oratoria, en este sentido vulgar ó ménos científico. Pero sea arte ó alguna semejanza de arte, de ningun modo es despreciable; aunque sin olvidar nunca que otras cualidades

más altas se requieren para conseguir la elocuencia.»

Entonces, Antonio dijo con vehemencia que él asentía al parecer de Craso, porque no lo reducía todo al arte, como suelen algunos, ni lo despreciaba del todo, como hacen muchos filósofos. Pero añadió: «Mucho te agradecerán éstos, oh Craso, el que les digas qué cualidades son esas que crees más necesarias para el buen decir.—Lo diré, respondió, ya que he comenzado; pero os pido que no divulgueis mis ineptias, aunque me moderaré para no hablar como maestro y artista, sino como uno de los ciudadanos, medianamente versado ó no enteramente rudo en la práctica del foro. Y hablaré, no como quien lo hace de propósito, sino como quien por casualidad entra en una conversacion. En verdad, cuando yo pretendia la magistratura, solía al solicitar los votos apartar de mi lado á Escévola, diciéndole que yo queria hacer necedades, por ser este el mejor modo de pretender, lo cual si no se hace neciamente, nunca se consigue. Y Escévola es uno de esos hombres en cuya presencia jamás quisiera aparecer necio, y ahora hace la fortuna que venga á ser testigo y espectador de mis ineptias. ¿Pues hay ninguna tan grande como discurrir sobre el arte de hablar, siendo el hablar cosa tan vana cuando no es necesaria?—Prosigue, Craso, dijo Mucio. Esa culpa que temes, yo la tomo á mi cargo.—Pienso, pues, dijo Craso, que la naturaleza y el ingenio son la primera condicion para la elocuencia, y que á esos preceptistas del arte de que ántes hablaba Antonio, no les faltó el arte ni el método, sino la naturaleza. Porque los movimientos del arte y el ingenio deben ser rápidos, y es menester que el orador se muestre agudo en la invencion, rico en la amplificacion y en el ornato, firme y tenaz en la memoria, y si alguno piensa que con el arte se puede aprender esto (lo cual es falso, ¡ojalá que el arte bastara para inflamar y conmover los ánimos! pero el arte no puede comunicarlo todo, ni ménos lo que es don de la naturaleza),—¿qué dirá de

aquellas facultades que nacen ciertamente con el mismo hombre; la soltura de lengua, la voz sonora, la amplitud de pecho, y el buen aire y disposicion de todo el cuerpo? Y no digo que el arte no pueda animar algo, pues bien sé que la enseñanza puede hacer mejor lo que es bueno, y aguzar y corregir de algun modo lo que no es; pero hay algunos tan titubeantes de lengua, ó tan desapacibles de voz, ó tan toscos y agrestes en gestos y ademanes, que aunque sobresalgan por el ingenio y el arte, nunca pueden contarse en el número de los oradores. Hay otros, por el contrario, tan hábiles en las cosas mismas, tan adornados con todos los dones de la naturaleza, que no parecen nacidos, sino creados por algun Dios. Grande y dificultosa empresa es el hablar donde todos callan, en una reunion grande de hombres, y sobre muy dificiles asuntos, porque ninguno de los que están presentes deja de notar con más agudeza y acierto los defectos que las perfecciones, y si algo le ofende, esto sólo basta para oscurecer el mérito de todo lo demas. Ni digo esto para apartar del estudio de la elocuencia á los jóvenes que carezcan de alguna disposicion natural. ¿Pues quién no ve cuánto honor ha dado á mi contemporáneo Cayo Celio, hombre nuevo, esa misma medianía en el decir, de la cual nunca pasó? Y Quinto Varo, que es de vuestro tiempo, hombre tosco y feo, ¿no ha conseguido con sus facultades (sean las que fueren) mucho crédito en la ciudad?

»Pero ya que del orador hablamos, hemos de imaginar uno que carezca de todo vicio y merezca toda alabanza. Y si la multitud de pleitos, si la variedad de causas, si la turba y barbarie forense da lugar aún á viciosísimos oradores, no por eso hemos de renunciar á la perfeccion que buscamos. ¿Con cuánta escrupulosidad (por no decir desdeñosamente) juzgamos en aquellas artes donde no se busca una utilidad necesaria, sino una libre recreacion del ánimo! No hay litigios ni controversias que nos obliguen á

sufrir en el teatro á los malos actores, como en el foro á los no buenos oradores. Ha de procurar el orador no sólo satisfacer á los clientes, sino atraerse la admiracion de los que pueden juzgar libremente. Y si quereis que os diga con franqueza lo que siento, os diré lo que siempre tuve y creí que debia tener oculto. En mi concepto, los que hablan mejor y pueden hacerlo con más facilidad y ornato, si no empiezan con cierta timidez, y en el exordio no se perturban algo, casi me parecen atrevidos é inmodestos, aunque puede no ser así, pues cuanto mejor se expresa el orador, tanto más conoce las dificultades y teme la vária fortuna del discurso y el juicio de los hombres. Pero el que nada puede decir digno del asunto, ni del nombre de orador, ni de los oidos del público, aunque se conmueva al hablar, me parecerá atrevido. Pues no por avergonzarnos, sino por no hacer nada indecoroso, podremos librar-nos de la tacha de impudencia. Al que no se ruboriza (y conozco muchos) le tengo no sólo por digno de reprehension, sino de pena. En vosotros suelo advertir, y en mí he experimentado muchas veces que, al empezar el discurso, palidezco y empiezo á temblar. Así me aconteció, siendo muy jóven, al principiar una acusacion, deber á Quinto Máximo el favor de que disolviera el consejo apénas me vió desanimado y lleno de miedo.»

Aquí asintieron todos y comenzaron á hablar entre sí. Pues hubo siempre en Craso admirable modestia, que léjos de perjudicar á sus discursos, les daba un realce de probidad y virtud.

Entónces dijo Antonio: «Siempre he advertido, Craso, que tú y los demas ilustres oradores, aunque á mi parecer ninguno ha habido igual á ti, os conmoveis al empezar á hablar, y queriendo investigar la causa de esto, y por qué cuanto más vale el orador es más tímido, encontré dos razones: la una, que aquellos á quienes la naturaleza y la experiencia han instruido, conocen que el éxito del dis-

curso no corresponde siempre al mérito del orador, y por eso temen, no sin razon, cuando hablan, que les acontezca algun fracaso, como más de una vez sucede. La otra, de la cual suelo quejarme, consiste en que en las demas artes, cuando un hombre de bien sentada reputacion trabaja peor de lo que suele, creemos que no quiso hacerlo bien ó que por alguna indisposicion no pudo conseguirlo. Dicen (verbigracia): Hoy no pudo representar Roscio porque estuvo muy mal del estómago. Por el contrario, si en el orador se nota algún defecto, siempre se atribuye á ignorancia, y esta no tiene excusa porque nadie se hace el ignorante por su voluntad ni por estar mal del estómago. Por eso es tan grave el juicio que de los oradores se hace. Pues cuantas veces hablamos, otras tantas se nos juzga con rigor, al paso que, cuando el histrion se equivoca en un gesto, no por eso juzgamos que ignora su arte. Pero si el orador en algo se equivoca, la opinion de su torpeza será eterna, ó por lo ménos dudará mucho. Y en cuanto á lo que dices que hay muchas cualidades naturales en las que muy poco vale el arte, estoy muy conforme contigo, y en esto alabo mucho á aquel ilustre doctor, el cual, aunque enseñaba por dinero, no permitia, sin embargo, que los discípulos en quienes veia poca disposicion para la oratoria perdiesen el tiempo con él, y así los despedia, aconsejándoles que se dedicasen á alguna otra ciencia para la cual fuesen más aptos. Pues para comprender los demas estudios, basta ser hombre, y percibir y retener en la memoria, siquiera á fuerza de oirla, la enseñanza; no se busca agilidad de lengua, ni facilidad de palabra, ni ninguna de las cualidades de semblante, de faccion ó de voz que nosotros no podemos fingir ni inventar. En el orador se pide la agudeza de los dialécticos, las sentencias de los filósofos, el estilo de los poetas, la memoria de los jurisconsultos, la voz de los trágicos y el gesto de los mejores actores. Por eso nada más raro y difícil de hallar en el género humano

que un orador perfecto. Y si en las demas artes basta una tolerable medianía, en el orador es necesario que estén reunidas en grado sumo todas las cualidades.»

Entonces dijo Craso: «Ya ves cuánta más diligencia se pone en las demas artes, aunque sean ligeras y de poca monta, que en esta de la elocuencia, que es más importante que todas. Muchas veces he oido decir á Roscio que nunca ha podido encontrar un discípulo bueno, no porque no hubiera algunos tolerables, sino porque no podia sufrir en ellos el menor defecto. Pues nada es tan notable ni dura tanto en la memoria, como lo que nos ofende. Y si aplicáramos el juicio de este histrion á la oratoria, ¿no veis que todo lo hace con perfeccion, todo con suma gracia y de la manera más conveniente para mover y deleitar á todos? Y así ha conseguido, hace mucho tiempo, que, cuando alguno sobresale en cualquier arte, digan que en su género es otro Roscio. Es en mí una temeridad el desear en el orador esta perfeccion, cuando yo disto tanto de ella. Quiero que se me perdone, y no perdono á los demas. Pero el que no puede, el que tiene radicales defectos, el que no sirve para el caso, debe, en opinion de Apolonio y tambien en la mia, dedicarse á otra cosa.

—De manera, dijo Sulpicio, que á mí y á Cota nos obligas á estudiar el derecho civil ó el arte militar. ¿Pues quién puede llegar á ese punto de perfeccion en todo?»

Craso le contestó: «Por ver en vosotros una rara y excelente disposicion para la elocuencia he dicho esto; no tanto para apartar de esta carrera á los que no tienen aptitud, como para estimularos á vosotros que la teneis. Y por más que en cada uno de vosotros he visto mucho ingenio y estudio, las cualidades exteriores de que ántes os he hablado (quizá con más extension que suelen hacerlo los Griegos), en ti, oh Sulpicio, son divinas. No me acuerdo de haber oido á ningun orador que tuviera más gracia de cuerpo, más gallardo ademan, más plenitud y

suavidad de voz; cualidades que, aunque no son las principales y las da la naturaleza, pueden, sin embargo, aprovechar mucho á quien las posee, siempre que sepa usar de ellas con moderacion, sabiduría y decoro. El faltar á éste es lo que principalmente debe evitarse; y esto no sólo os lo digo yo, que hablo de estas cosas como un padre de familia, sino el mismo Roscio, á quien muchas veces he oido decir que lo principal del arte es el decoro, pero que es tambien lo único que no puede enseñarse. Mas si queréis, pasemos á otra cosa y hablemos en nuestro lenguaje y no en el de los retóricos.

—Nada de eso, dijo Cota, y pues nos retienes en este estudio y no nos dejas dedicarnos á otro, te rogamos que nos expliques cuál es el fundamento de tu oratoria. Ya ves que no pedimos mucho; nos contentamos con esa tu mediana elocuencia, aunque no pasemos nunca del grado en que tú estás. Y ya que afirmas que las cualidades de naturaleza no nos faltan, dinos qué más condiciones se requieren.»

Entonces dijo Craso sonriéndose: «¿Piensas, oh Cota, que para la elocuencia no se requiere un estudio y vehemente ardor, sin el cual nada egregio se hace en la vida ni nadie puede conseguir lo que tanto deseas? Aunque vosotros no necesitáis de estímulo, y en vuestras mismas porfiadas instancias conozco vuestra vehemente afición. Pero no basta el deseo para llegar á ninguna parte, si no se sabe y conoce el camino. Y como no me imponéis una carga muy pesada, ni me preguntáis en general sobre el arte oratoria, sino sobre esta facultad mia como quiera que ella sea, os daré una razon, no muy recóndita, difícil, magnífica ni grave, del método que yo solia usar cuando en mi adolescencia ejercitaba estos estudios.»

Entonces dijo Sulpicio: «¡Oh dia feliz para nosotros, Cota! Lo que nunca con ruegos, ni insinuaciones, ni por medio de Difilo, su lector y copista, pudimos lograr que nos digera Craso, es decir, cómo medita y escribe sus discursos.

esos, ahora vamos á conseguirlo, y á saber lo que por tanto tiempo hemos estado deseando.

—Antes pienso, oh Sulpicio, dijo Craso, que no te admirarás tanto de lo que yo diga, como de la curiosidad que has tenido de oirme. Nada diré recóndito, nada digno de vuestra expectacion, nada inaudito ó nuevo para ninguno de vosotros. No he de negar que en un principio, como conviene á todo hombre de buena familia y liberalmente educado, aprendí esos preceptos triviales y comunes: 1.º, que el oficio del orador es decir de una manera acomodada á la persuasion; 2.º, que todo discurso es ó de cuestion ilimitada sin designacion de tiempo ni personas, ó de cuestion limitada á ciertas personas y tiempos. Aprendí tambien que en uno y otro caso, y sea cualquiera la controversia, se pregunta si la cosa se hizo ó no; y si se hizo, cómo es y qué nombre ha de dársele, y áun algunos añaden si se hizo justa ó injustamente. Que existen controversias sobre la interpretacion de un escrito en que haya ambigüedad, ó contradiccion ó discordancia entre el sentido y la letra, y que cada uno de estos casos tiene sus argumentos propios. Que de las causas que son remotas de la cuestion general, unas son judiciales, otras deliberativas, y hay un tercer género de causas, que consisten en la alabanza ó en el vituperio. Y que existen ciertos lugares comunes, fundados en la equidad, de los cuales nos valemos para los juicios; y otros en las deliberaciones, donde todo se dirige á la utilidad y buen consejo; y otros, finalmente, en el género demostrativo, en que todo se refiere á la dignidad de las personas. Y que como toda el arte oratoria está dividida en cinco partes, lo primero que ha de hacer el orador es inventar lo que ha de decir; lo segundo, ordenar lo inventado, y pesarlo y componerlo; lo tercero, vestir y adornar el discurso; lo cuarto, guardarlo en la memoria; lo quinto, recitarlo con dignidad y gracia. Tambien aprendí que en el exordio se debe conciliar el ánimo de los oyentes, y lue-